Prólogo

Tomaré como punto de partida una idea expuesta con suma sencillez por Borges en una de sus conferencias: los lectores enriquecen el libro. Se refiere a *Hamlet*, a *El Quijote*, al *Martín Fierro*, se refiere a la lectura que de estos libros hicieron Coleridge, Goethe, Brandley, Lugones, Martínez Estrada. Se refiere también, aunque no lo cite, a cualquier lector inteligente y creativo, a ese que, quince años después de haber leído una novela, en una conversación de café, recrea una escena o describe una arista del alma de un personaje secundario que se mantenía oculta para los otros, o aporta un dato ignorado, o apunta un juicio afilado sobre el porqué de una acción, de manera tal que la novela se vuelve otra. De esos no se puede hablar porque son anónimos, como los autores de los romances. De Luis Balbuena y Juan Emilio García, enriquecedores de *El Quijote*, sí.

Entre otras cosas, Luis Balbuena, a quien conozco desde hace décadas, es profesor de matemáticas. También es un enamorado del saber y su difusión, especialmente del científico. Un humanista. Un curioso pertinente y pertinaz que lleva muchos años aportando datos de sus investigaciones y de sus experiencias para ayudarnos a comprender asuntos tales —por poner solo un par de ejemplos—, como la morfología matemática de las ciudades o la extensión y la intensidad del drama de la pobreza en zonas deprimidas del mundo. Ahora se ha atrevido con una pieza literaria, *El Quijote*, caza mayor, junto con Juan Emilio García, maestro de la manchega ciudad de Villarrobledo. Casi al final del libro declaran sus intenciones. La primera, sumarse por pura admiración a la celebración del IV centenario de la publicación de la segunda parte (como ya hicieran con la primera) de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. O sea, afirmar como una evidencia algo que por desgracia está —acaso hoy más que nunca— alejado de muchos españoles: *El Quijote* es, superadas las dificultades indudables que ofrece su lectura, una fuente de goce y de sabiduría. La segunda se la reproducimos literalmente:

“Se ha pretendido explicar algunas claves para entender tanto el tiempo de Cervantes desde el punto de vista de esta [las matemáticas] y de otras ciencias, como para interpretar las utilizaciones que hace la obra de los términos matemáticos y afines”.

Hay que situar, pues, este libro entre aquellos otros que intentan, más que allanar un camino fatigoso, trazar puentes entre los barrancos de dificultad con los que se tropiezan los lectores de *El Quijote*. No debemos olvidar que estamos hablando de la novela más traducida y leída de la literatura universal, de la mejor valorada, pero también, muy posiblemente, de la novela más comenzada y no terminada de leer de cuantas se han escrito. Esfuerzo y disciplina son valores a la baja en nuestra época. Sin ellos no hay ayuda que valga para conseguir el fin propuesto, disfrutar de la obra de arte. Pero

no es menos cierto que *El Quijote* precisa ayudas, ediciones anotadas a pie de página que nos solventen escollos derivados, en la mayoría de los casos, de las diferencias en todos los órdenes de la vida que han establecido los cuatrocientos años que median entre su escritura y nuestro presente. *Para leer a Cervantes* se llama la última recopilación de escritos del profesor Martín de Riquer, quien en el prólogo de su también última edición de la novela dice:

“La anotación pretende ser elemental, breve y clara. Se ha procurado explicar todo lo que pudiera entorpecer la lectura de *El Quijote* a un lector culto de nuestros días, pero no familiarizado con la lengua, las costumbres y la cultura de la época”.

Siguiendo este sabio y muy útil principio, los autores han resuelto solventarnos un aspecto concreto de *El Quijote* con el que una mayoría de lectores no estamos familiarizados: la cultura científica. Llegados a este punto, creo que sería aprovechable plantear un asunto que precisa revisión en nuestro país. Me refiero a la generalizada consideración de excluir de la cultura, sin adjetivos, los aspectos científicos, como si estos no pertenecieran a aquella; a la injusta e irreal costumbre de considerar que los comentarios sobre la época de una obra artística no tienen por qué incluir datos sobre la cultura científica del momento de su factura, dando por hecho que solo con la generalidad histórica y la introducción literaria el plato artístico que se nos ofrece está ya precocinado y en condiciones de ser consumido por el lector. En ese sentido, hacen una interesante aportación a la literatura cervantina y a la historiografía literaria española, y considero que algunas de las observaciones que en ella aparecen deberían incluirse, como notas a pie de página, de futuras ediciones de *El Quijote*.

En cuanto a la estructura y el lenguaje del presente libro conviene señalar que Luis Balbuena publicó en el periódico *La Opinión* de Tenerife, un total de 16 entregas con el título de *El Quijote y las matemáticas* entre el 31 de enero y el 29 de mayo de 2004. En el primero de ellos expresaba su autor:

“Mi intención es que, al final de esta serie de aportaciones que empiezo hoy, el lector pueda convenir conmigo que también en *El Quijote* hay matemáticas, a través de curiosidades relacionadas con los números y otros elementos matemáticos”.

Por otra parte, en este libro se encuentran entremezcladas un interesante conjunto de actividades, relacionadas con el capítulo correspondiente, con las que cualquier docente podrá ampliar y complementar lo que los autores aportan del análisis de la inmortal obra.

Entre las curiosidades señaladas, se encuentra una serie de “faldones” en los que se explican cuestiones como la de fechar con exactitud el “coincidente pero no coincidente” día de la muerte de Cervantes y Shakespeare, la aportación hecha desde las matemáticas para intentar dilucidar cuál es “el” lugar de La Mancha, aclarar la situación de los sistemas monetarios de la época con el establecimiento exacto del valor de las monedas, explicación de las unidades de pesas y medidas populares, etc.

y, naturalmente, el estudio de los números y del mundo relacionado con las matemáticas. Todas ellas constituyen una aportación relevante a la bibliografía cervantina y ayudan a comprender ese mundo tan complejo que rodea a *El Quijote*. Espero que este libro sirva para romper esa falsa dicotomía entre las letras y las ciencias, entre otras cosas porque, que yo sepa, han sido dos docentes de las matemáticas los que rinden este homenaje con rigor a don Quijote en su centenario. Además, por haber hecho una contribución de gran utilidad para los docentes y para todos los futuros lectores de la novela de Cervantes.

Daniel Duque Díaz

Catedrático de Lengua y Literatura